

de adhesión. » (Cos. t. 20. p. 207) Pero poco les importaba á los gobernantes liberales el que se afectasen sus partidarios. Ellos apreciaban más á esos llamados traidores que á los mismos immaculados, y les conferían los empleos de más confianza y responsabilidad, como el ministerio de Hacienda, la comandancia de la plaza de México y el gobierno del palacio de Chapultepec donde reside el presidente y su familia, puestos que desempeñaron respectivamente D. Manuel Dublán, D. Hermenegildo Carrillo y D. Agustín Pradillo, antiguos servidores del Imperio.

Este aprecio indirecto que los liberales hacen de la honradez de los miembros del partido conservador, tiene mayor realce aun, si uno lo compara con las críticas acerbas que á Juárez se hicieron después del sitio de Querétaro. « Entonces, dice Castillo, los liberales se encontraban en disposición de encaminar la república al progreso, » á la civilización y al afianzamiento de las instituciones liberales, » (Curs.) por haber quedado convertidos en árbitros absolutos del país. (Cos. t. 19. p. VI) Nada hay más interesante como aprender del señor Cosmes, juarista á macha martillo, la manera con que los liberales encaminaron el país al progreso y á la civilización. Dice :

« Dieciocho meses habían transcurrido después del triunfo del país sobre la Intervención, y la república se encontraba de hecho en una situación de malestar peor aun que el de las épocas de mayor encarnizamiento de la guerra civil, porque el desengaño de las esperanzas alentadas al terminar esa guerra, entristecía profundamente los ánimos...

« Quisiera, decía el diputado Dondé en 1868, ocultar el cuadro sombrío que retrata hoy la situación de la república, porque á nuestro crédito no convendría que dentro y fuera del país se creyese que hemos retrogradado al estado consuetudinario de anarquía en que nos sorprendió la guerra extranjera. » (t. 20. p. 336. t. 19. p. 400) « Después de la ejecución de Maximiliano, escribe Bulnes, hubo un espantoso estado anárquico, inmoral, de miseria y bancarrota. » (Porv. p. 95).

« El país se sacudía y se desangraba como un hombre sujeto á accesos de epilepsia. Los duelos, los suicidios, los escándalos de toda especie que tenían lugar en las esferas del gran mundo eran un indicio de la deplorable revolución que la moral estaba sufriendo entre nosotros... Cuando en la política dominaba el principio de que el buen éxito debía procurarse por todos los medios posibles; cuando se hacían prevalecer la fuerza, la intriga y la audacia sobre la razón y la equidad; cuando á la codicia y á las ambiciones impacientes de la generación nueva se presentaba diariamente el incentivo de las fortunas improvisadas bajo el sistema corruptor de la administración de Juárez y de las altas posiciones políticas conquistadas no por el patriotismo, ni por el talento, sino por la flexibilidad de carácter, y por el servilismo para con los poderosos, no era extraño que tuvieran su reacción estos malos ejemplos en las ideas y en los sentimientos generales, y que en todas las esferas de la vida social se levantase un trono á la fuerza, se erigiera un altar al buen suceso, se le tributase un culto de bajezas y de crímenes, se perdiera el horror á la violencia y á la sangre, y se diera á los deseos inmoderados y á la sed de dinero el lugar que deberían haber ocupado los princi-

pios morales y los sentimientos generosos á que la índole nacional era tan propensa. » (t. 20. p. 870).

Esa anarquía se manifestaba especialmente en la inmoralidad que presidía al manejo de las rentas del erario. « La libre disposición de las rentas era una de las cuestiones que á Juárez más le interesaba retener; y como la formación de un presupuesto discutido por un Congreso en donde existía una fuerte oposición, pues, la minoría era casi la mitad del número total de los diputados en ejercicio, y en ella figuraban los mejores oradores que había entonces en el país, habría dado por resultado que se le atase corto en la cuestión de gastos, trató de evitar que ese presupuesto fuese decretado. La disculpa dada por el gobierno para no cumplir con su deber remitiendo oportunamente el proyecto de presupuesto, fundada en que el ministro de Hacienda, D. Matías Romero, no conocía el ramo cuya gestión se le confiaba, importaba un severo cargo contra el presidente. Luego Juárez, se decía, no lleva por mira el bien del país al elegir á sus ministros, sino sus afeciones privadas.

« D. Matías Romero llevó hasta el colmo el sistema de bancarrota del erario; pues, la suspensión de los pagos llegó, bajo su gestión, á convertirse en regla constante y en hecho normal. ¿No había dinero? Pues no se pagaba; sin que el ministro se preocupase de buscar el medio de satisfacer los compromisos del erario. Esta mala gestión hacendaria debida á la poca aptitud del nuevo secretario de Hacienda, contribuyó en gran parte al descontento general de la nación con respecto al gobierno, y á los movimientos revolucionarios que ensangrentaron al país durante cinco años... Con no presentar el proyecto de presupuesto, se obtenía esa elasticidad de que hablaba Zamacona, para disponer de los caudales públicos con fines políticos, y robustecer de ese modo la influencia del gobierno federal, principalmente en las actas electorales... Juárez se atrevía á crear partidas de gastos imaginarios para aplicarlas á otros objetos que los señalados en el presupuesto, lo cual producía por resultado, además del indigno papel que el Ejecutivo hacía engañando á la representación nacional, que el público dudase de la honradez de los gobernantes; pues, no veía en qué se invertían las sumas destinadas á aquellas partidas. » (t. 19. p. 322, 319. t. 20. p. 580).

Esta duda no tardó en convertirse en una evidencia abrumadora en contra de la honradez de Juárez á quien se acusó, en los términos más virulentos, de haber favorecido el peculado entre los mismos miembros de su gobierno. « Los miembros del gobierno de Juárez, dice Paz, estaban rodeados de un círculo de favorecidos, para los cuales aquéllos estaban siempre prontos á otorgar mercedes, siendo los únicos que se abrían camino y se hacían escuchar, sabiendo aprovecharse de aquella influencia para hacer fortuna. Personas hubo que sin poseer antes, como vulgarmente se dice, una segunda camisa, llegaron á poder disponer de millones en unos cuantos meses.

« Aunque fuera público y notorio que el delito de peculado estuviera en auge, los hombres del poder se hacían disimulados, porque más les convenía que hubiera instrumentos ciegos que personas celosas de su reputación que manejaran los fondos con honradez, ó que se interesaran de modo alguno en

el arreglo de la Hacienda pública. Como en esta administración casi todos tenían que taparse unos á otros sus picardías, no sólo se miraban entre sí con la mayor tolerancia, sino que cuando algún crimen llegaba á conocerse, todos concurrían con asiduidad á salvar al delincuente.

« Las líneas telegráficas y composturas de caminos carreteros eran confiadas á los amigos, dándoles á ganar con las contratas un ciento por ciento. Las manos del gobierno siempre estaban abiertas para prodigar mercedes que nada le costaban; pues, las arcas de la nación daban para todo, menos para levantar el crédito público que andaba por los suelos, puesto que no se pagaba ni á los acreedores de más privilegio...

« De donde se desprendían, sin embargo, más iniquidades, era del departamento de la Guerra en donde estaba el foco de las ganancias ilícitas y de los grandes despilfarros. El ejército debía componerse de 20,000 hombres, y aunque nunca pasara de 15,000, se pagaba un presupuesto de 30,000 con los aumentos imaginarios. El ejército vino á ser un filón de oro inagotable.

« Cada División compuesta de tres ó cuatro mil hombres recibía haberes por el doble, y consumía gruesas sumas en gastos extraordinarios. Esa voráGINE, llamada gastos extraordinarios, era un abismo sin fondo en donde desaparecían cinco millones anualmente. Y como la república no llegó á estar en plena paz durante el gobierno de Juárez, los motines más insignificantes servían de pretexto para apropiarse entre unos pocos las rentas de la nación, diciéndose que se habían consumido en los gastos extraordinarios de la guerra: cuantiosas riquezas pasaron de las jefaturas de Hacienda á los bolsillos particulares de los firmes amigos y sostenedores del gobierno...

« Entonces fué cuando se tuvo como cosa nunca vista que el Ministro de la Guerra, D. Ignacio Mejía, tuviera colocados á todos sus parientes en la administración, sacando entre todos, anualmente, la suma de \$ 51,240. Y se publicaron los nombres de los que formaban la parentela, y se escandalizaba la gente de que aquel general fuera tan descarado hasta el punto de tener colocados á todos sus parientes. Después vino éso á ser peccata minuta, llegando el ingenio algunas veces de los mandarines hasta buscar la manera de recibir por sí mismos el mayor número de sueldos. En tiempos más próximos hemos visto que un solo hombre recibía en el mes por sueldos diversos, lo que recibía toda la familia del ministro de la Guerra reunida en aquel entonces. Realmente, no estaban tan desmoralizados ni tan prostituídos los hombres públicos de aquella época,» mucho menos cuando afirma Cosmes que « el General Mejía era altamente respetable por su probidad. » (t. 19. p. 176).

« Los pocos diputados independientes que tenía el Congreso en 1871, dice Paz, descubrieron en la cuenta que anualmente tiene que rendir la Tesorería General de la Nación, algunas irregularidades por cantidades de cerca de un millón de pesos, cuyo gasto no estaba justificado. Se trasladaron los diputados á la Tesorería, quisieron confrontar las partidas, no se les permitió ver los libros, y tuvieron que volverse desairados. Ésto produjo también el mayor escándalo, diciéndose que el millón se había gastado en trabajos electorales, en subvenciones á periódicos y en otras cosas que suelen ser verda-

deras pequeñeces para los gobiernos. » (t. 2. p. 275. t. 3. p. 39,40) De Juárez dicen sus más fervientes devotos, que « consagraba á los gastos del ejército y á la compra de votos, todos los fondos del tesoro público » (Cos. t. 20. p. 637).

Lejos de ir en menos, esa inmoralidad en el manejo de los fondos públicos fué aumentándose cada año con el mayor cinismo y desprecio de la opinión pública, llegando á preguntar admirado uno de los panegiristas más intrépidos de Juárez: « ¿ Cómo puede explicarse que los ingresos federales hayan sido en el 69 la mitad de lo que eran en el 67, á raíz de los desastres causados por la invasión francesa, sino por causas posteriores á la caída del Imperio? Se necesitaba ser ciego para no ver que la inmoralidad administrativa en el ramo de Hacienda era la causa determinante de la bancarrota confesada por el ministro de ese ramo. » (Cos t. 20. p. 768) En fin, para decirlo todo en una sola palabra, tal como la estampó un periódico liberal, *La Reconstrucción*, (Vid. *Men.* 25 mayo 1871), « estaba reservado al señor Juárez ser el jefe del partido más desvergonzado, el reo principal de asalto á mano armada al tesoro nacional, »<sup>1</sup> y, añadiremos nosotros, el maestro en cuya escuela se formó otro presidente, sucesor suyo, el General Manuel González.

Con el fin de dar á conocer á este gobernante de triste recordación, se nos perdonará una ligera digresión, que en cierto modo no lo es, por referirse, aunque indirectamente, á Juárez de quien fué Manuel González un discípulo aventajado en éso de los « asaltos á mano armada al tesoro nacional. » De uno de ellos así habla un liberal, Salvador Zubieta y Quevedo:

« Un día antes de dejar el poder, el 29 de noviembre de 1884, manda Manuel González á su ministro de Hacienda á la oficina aquella con orden de apoderarse de los fondos en ella existentes. Los empleados resisten al ministro como á un asaltante y le reciben á golpe de tintero; pero el ministro se obstina, sale por el balcón gritando á la guardia de la puerta: soldados á mí; yo soy el ministro de Hacienda. Y la guardia llega en su auxilio, corren ó se rinden los empleados ante esa apelación á la fuerza armada, y el ministro se lleva en su coche hacia palacio sacos de numerario por valor de nueve mil pesos. Por último, Manuel González lleva su amor al palacio hasta adherirlo á artículos de mueblaje y de confort. Se recoge en la casita presidencial de la calle de la Moneda, la desamuebla y destartala, y por fin, por fin, sale de ella, sale del poder dignamente, haciendo arrancar, para llevárselos á su habitación privada, ciertos apéndices de porcelana inglesa empotrados en lugares que es excusado nombrar...

<sup>1</sup> « El gobierno inglés hizo entrever al gobierno mejicano la esperanza de restablecer su crédito financiero en Europa siempre que se adhiriese al principio de rectitud que ordena el reconocimiento y pago de las deudas legítimamente contraídas. Ésta era una profecía de la cual no hizo aprecio alguno en 1868 la administración de Juárez, siendo causa la indiferencia con que vió la cuestión de la deuda inglesa, del descrédito en que por largos años cayó la República en los mercados extranjeros, deteniendo el progreso del país que fácilmente en aquella época se hubiera iniciado con la inversión en él de capitales europeos. » (Cos t. 20. p. 151).

« Así gobernó aquel hombre cuyo programa de gobierno formulado en solemne manifiesto contenía juramentos de « honradez administrativa, integridad en el manejo de las rentas públicas, » etc., etc. Que el financiero y el estadista calculen y reasuman en cifras la cantidad de mal que produjo representado por lo que ese hombre dió á su codicia y á la de su grupo de adláteres, y quitó á la prosperidad de su país. Que amontonen los millones de subvenciones y gajes á favoritos y agentes, los dos millones del níquel, los tres millones de la colonización, los treinta millones de la amortización fraudulenta del papel de la deuda pública; que añadan á éso el estado de bancarrota en que ha postrado al comercio y á la administración subsiguiente; que agreguen lo que se ha tenido después que escatimar al empleado y á los recursos impulsores del país para reparar el desbarajuste hacendario que dejó sobre sus huellas el Atila Presidente, y que apreciados y totalizados esos sumandos en una cuenta concienzuda de daños y perjuicios, nos digan cuanto ha costado á México Manuel González en la cúspide del poder...

« Desde luego, el efecto inmediato del ejemplo de Manuel González en sus cuatro años de administración, ha sido este hecho expresado con ruda claridad por la voz pública, que casi no ha habido alto funcionario ni empleado superior que pudiendo robar no robase. Desde el gobierno del Distrito explotado en combinación con los tahures, los taberneros y las prostitutas por buscadores de oro como Ramón Fernández, hasta los gobiernos de los Estados en poder de sátrapas acaparadores de fortunas improvisadas como el Gobernador Tolentino de Jalisco, todos los más importantes puestos públicos se vieron entregados á la rapiña oficial. Era la fuerza del ejemplo de Manuel González la que hacía éso. Y bien: ella sigue, seguirá obrando, no se sabe en qué grado, ni por cuanto tiempo: pero obrará. En virtud de esa fuerza se ha llegado en México á este extraño punto que indica un gran rebajamiento moral: que la opinión se admira de que un funcionario no robe. La negación del delito, que es un deber en todas partes, ha llegado á ser allí una virtud extraordinaria. » (*El Gobierno del General Manuel González*).

Prueba de ello es el cinismo de que hizo gala Bulnes en el Congreso General, cuando dijo á propósito del ex-Presidente á quien se pretendía encausar: « Es verdad que el Gobierno del General González ha sido una bacanal de cuatro años; pero hay que confesar que los diputados hemos sido los lacayos que hemos servido las copas. Que se haga justicia si es que hay alguno que se encuentre limpio. Yo por mi parte estoy dispuesto á marchar tranquilamente al patíbulo, viendo á las multitudes con el mismo desprecio de siempre. »

Pues bien, « en 1869 (lo mismo que en tiempo de Manuel González), la inmoralidad y la corrupción, dice un escritor juarista, se desarrollaban por todas partes é invadían todas las esferas; los hombres de buena voluntad sentían flaquear su ánimo ante la creciente progresiva del desorden y de la demoralización, y había quienes desesperaban del remedio y se mostraban propensos á proclamar la omnipotencia del crimen y del vicio. » (*Cos. t. 20. p. 757*) creyendo, como Lerdo de Tejada, que México sólo podía ser gobernado por bandidos y mesalinas. (Em. Ordaz. *La Cuestión Presidencial*. 1877).

« No sólo no mostró el ministerio de Juárez resolución inflexible en el sentido de la moralidad y del orden, sino que cerraron deliberadamente los ojos sobre el abuso: se abrieron las puertas de las oficinas á la ineptitud y aun á la venalidad, en premio de servicios prestados en las elecciones, y se dejó por motivos de la misma especie que recobraran su dominio los abusos más escandalosos de lo pasado, la usurpación de atribuciones en la recaudación é inversión de las rentas públicas, la inobservancia de las leyes orgánicas en el ejército, la falta de inspección en la contabilidad militar, la impunidad en suma de mil abusos notorios para la autoridad suprema en distintas esferas del orden administrativo... El país se encontraba de hecho sin administración. El poder local se preocupaba más de la conservación propia que de la sociedad, y su incuria estaba dando por fruto la miseria en las arcas públicas y el desarrollo del bandolerismo... El comercio suspiraba por los días de la guerra, que era cuanto se podía decir, y la agricultura hacía vanos esfuerzos para reponerse de los golpes que sufrió en aquella época luéctuosa... Finalmente., Juárez procedía como tirano, » (*Cos. t. 20. p. 339, 639. t. 19. p. 307. t. 21. p. 35. t. 20. p. 457*) « y no se ocupaba más que en esquilmar al pueblo mexicano. » (*Paz. t. 2. p. 352*).

Después de oír en contra de Juárez cargos tan tremendos que le lanza el señor Cosmes, es risible verle en otra parte poniendo en las estrellas á ese tirano y esquilgador, y diciendo sin pestañear á sus colombinos lectores, que « Juárez hizo nacer á la república á una vida nueva, más adelantada que la de muchos países europeos, la de todos ellos sin excepción. » (*Fals. p. 21*). No es menos divertido oír al « honorabilísimo señor Vigil, al historiador imparcial, tranquilo, sereno, erudito y de una gran inteligencia, » de quien nos habla embobado Frías y Soto (p. 101 y 40), agotar el diccionario de la adulación para estampar la siguiente chabacanería, como si de intento quisiese aplastar á su héroe bajo el peso del ridículo: « Juárez es una de esas figuras colosales que se agrandan y brillan más y más en proporción que transcurren los años, porque desvanecidos los odios de bandería, aparecen en toda su plenitud los servicios prestados á la patria y á la humanidad. » (p. 862).

Hasta ahora hemos visto algo de los servicios que prestó á la patria; cuanto á los que prestó á la humanidad, afirman sus correligionarios que esta humanidad estaba representada exclusiva y únicamente en la persona de Juárez cuyo egoísmo y tacañería llegaron á ser proverbiales.

« El General González Ortega que se encargó de la Secretaria de Guerra, dice Manuel Márquez de León, se abrogó la facultad de despachar por sí los negocios, haciendo tan poco aprecio del presidente, que cuando se le preguntaba si ya éste estaba de acuerdo, contestaba: ya hice que se le mandaran los cien pesos de su haber diario, que es por lo único que se apura. »

Según el referido autor, « el presidente, sin haber expuesto su vida, ni sufrido privaciones, se había cubierto siempre sus \$ 30,000 íntegros, se hacía pagar \$ 15,000 más al año para gastos de mesa, \$ 7,000 para la caballeriza, y se había cobrado \$ 93,000 de viáticos por haber andado huyendo. »

En una obra que Vigil llama interesante (p. 679), se aprecia de este modo el desinterés de Juárez: « En aquella época en que era general el sen-

timiento de que un país pobre sólo puede hacerse rico haciendo economías, se veía como una monstruosidad que el presidente tuviera destinados quince mil pesos para sus gastos de mesa, toda vez que no se tenía la costumbre de dar convites diplomáticos, y la mesa de Estado sólo servía para que vivieran de ella un reducido grupo de holgazanes. Hoy si volviera á repetirse lo de los quince mil pesos, nos causaría risa en vez de darnos indignación; pero en aquel tiempo era monstruoso, era abusivo, era extraordinario, era contrario á las buenas reglas de economía, era un robo en fin, que el presidente pudiera gastar en regalarse quince mil pesos al año. ¿No estaba dotado con el mejor sueldo que se conoce en la república? Pues, ¿por qué no había de sacar de él para su comida, como la sacan del suyo todos los servidores de la nación? Hubieramos entonces desafiado ó tenido por loco al que nos hubiera dicho que alguien podía hacerse millonario en el poder sin que nadie le dijera: esta boca es mía. La verdad es que entonces teníamos mayor culto por la honradez.» (*Paz*. t. 3. p. 39).

«Jamás se había asignado á los presidentes de la república, decía *El Mensajero* (25 febr., 1871), más retribución que la del sueldo; y estaba reservado al señor Juárez decretarse viáticos á razón de dos pesos por legua, por todas las que había andado durante su eterna presidencia. Lo que desde luego da á conocer la flaqueza del hombre, la ninguna importancia en que se tiene el juicio de sus conciudadanos, es esa poca escrupulosidad de decretarse él mismo, en virtud de facultades extraordinarias, una doble retribución jamás concedida á sus antecesores... El actual magistrado de la república se ha mandado pagar sus viáticos en ocasión de estar devengando sueldos como presidente de la misma; y cuando es público y notorio que los gastos de su manutención, hospedaje, etc., no los costaba él mismo, sino que los sufragaban los Estados por que iba atravesando, ó mermaban los fondos que el gobierno se había llevado de esta tesorería. Recordamos que á Santa Anna, al odioso Santa Anna, en la época de su administración se le concedieron sesenta mil pesos anuales al darle el título de Alteza Serenísima; y este hombre tuvo el desprendimiento de no admitir este sueldo simplemente porque se le declaraba en la época de su administración. Juárez por sí se declara á sí mismo con los viáticos un doble sueldo en la época de su administración.»

«Los panegiristas de Juárez, dice Manuel Márquez de León, hacen consistir su grandeza muy especialmente en esta constancia inquebrantable que admiran de estar ganando treinta mil pesos al año, sin exponerse á ningún peligro, ni privaciones; mientras otros á quienes nada se nos daba, estábamos constantemente al frente del enemigo, sufriendo las mayores penalidades. Yo no veo qué otra cosa pudo haber hecho en aquellas circunstancias. En primer lugar, para él la suprema dicha era poseer el poder supremo. ¿Qué le podían ofrecer en cambio de él los invasores que llenara sus aspiraciones? En segundo, los que defendíamos nuestra independencia, eramos ciudadanos libres y no esclavos suyos; y si hubiera traicionado á la causa, le habríamos fusilado.»

«Sin duda, querrán hacer consistir su mérito en que fué fiel á la causa de la patria. ¡Gran mérito! Demos treinta mil pesos al año á cada uno ed

nuestros compatriotas, y no faltará quien responda de la lealtad de todos; mucho más cuando la persona no se expone á riesgos ni privaciones para ganarlos.» (*El Correo del Pacífico*, citado por *Men.* 22 junio 1871).

«En cuanto á admirar la inquebrantable firmeza de Juárez por sus sacrificios durante la pretendida célebre peregrinación, es casi como si se admira la inquebrantable firmeza de la reina Victoria de Inglaterra por haber permanecido en el trono más de sesenta años.» (*Ver.* p. 846).

‘A este propósito decía *El Ferrocarril* (28 marzo 1872): «El país debe felicitar de que D. Benito no hubiese ido á dar un paseo por Europa y Asia, desde donde hubiera sido tan útil á la causa de la independencia como en Paso del Norte; pues, hubiera importado mucho más la liquidación de viáticos que por sí mismo se pagó.» «Si los mexicanos hubieran sabido de antemano, decía *El Monitor* (4 oct., 1870), el precio á que habían de tener que pagar la peregrinación de D. Benito y D. Sebastián á Paso del Norte, indudablemente les habrían suplicado no se fueran á molestar y exponer por ellos. Sólo los aduladores de oficio y por conveniencia nos podrán sostener que esos señores fueron lo que Kleber y Washington. Pero, si muy lejos estuvieron de llegar á la altura de estos héroes, en cambio les aventajaron en eso del cobro de honorarios. Kleber pidió tan sólo género sobrante para cubrir sus carnes, un día en que se hallaba completamente desnudo. Washington no pidió más que la exención de derechos postales para su correspondencia.»

«Como gran patriota, dice Bulnes, Juárez tiene una grave responsabilidad. Lo primero que hizo al entrar á la capital fué hacerse pagar íntegros sus alcances por sueldos y las leguas que había caminado cómodamente en carruaje; el mismo privilegio tuvieron sus ministros y uno que otro favorito. ‘A los combatientes que habían hecho la campaña con abnegación de mártires y firmeza de héroes, desde el primer día de la invasión hasta el día del triunfo, á las familias de los muertos en campaña y fusilados por las cortes marciales, se les hizo sentir la pobreza del erario... Juárez no debió privilegiarse en ningún caso haciéndose pagar íntegros sus créditos, y mucho menos si atendía á que los que debían ser tratados con preferencia eran los combatientes, condenados á perecer de miseria ó en los patíbulos levantados por el inmortal peregrino que cobraba á su patria cada uno de sus pasos verificados sin sufrimiento y sin heroísmo, huyendo del enemigo; cuando no se pagaban los pasos de aquéllos que habían marchado de frente hacia la muerte buscando al enemigo extranjero...»

«La peregrinación de Juárez de México á San Luis fué una fiesta admirablemente descrita por D. José María Iglesias. La permanencia de Juárez en San Luis, Saltillo, Monterrey, Paso del Norte, y sobre todo Chihuahua, fué agradable, confortable, saludable é higiénica; todavía más bajo el punto de vista material... Juárez siempre durmió en buena cama, disfrutó de buena mesa, se tonificó con delicados vinos, conversó con excelentes amigos, tuvo al alcance de sus enfermedades notables médicos y recomendables medicinas; tuvo siempre pueblos á quienes imponer contribuciones pesadas que las pagaron con gusto ó renegando por las exacciones; tuvo empleados que lo obedecieran y lo adularan; sociedades que lo divirtieran, lo elogiaran, lo gran-

jeasen y lo regalasen... todas las comodidades de la vida civilizada, con todos los atractivos que puede presentar á los hombres... Es una ingratitud contra los chihuahuenses que después que se esmeraron con su dinero, su afabilidad, su respeto, sus bailes, sus banquetes, sus contribuciones, su sangre, su aliento patriótico y con toda clase de sacrificios en sostener á Juárez con esquisito cariño y probada abundancia de goces intelectuales y materiales, se les arrojen cínicamente á la cara los terribles sufrimientos que pasó Juárez en Chihuahua, comparando su estancia en esa ciudad con el peor de los círculos del infierno del Dante. » (*Ver.* p. 864, 823).

## CAPÍTULO XV.

*La intervención norteamericana. Confesión del vicepresidente de la República, D. Ignacio Mariscal. — Duplicidad de los Estados Unidos. Sus veleidades de reconocer el Imperio de Maximiliano. — Su egoísmo confesado por Blaine. — Sus intentos de apoderarse de México. — Contratos ruinosos de Juárez con los Estados Unidos. — Los bonos Carvajal. Venta simulada de la Baja California. Folleto en tres idiomas para vindicar á Juárez.*

LOS liberales, de suyo tan quisquillosos cuando á la luz de los documentos históricos un escritor católico estudia la vida política de Juárez, parecen, sin embargo, haberse reservado el derecho exclusivo de despojar poco á poco á su héroe de los falsos títulos de gloria que ellos mismos le habían colgado al pecho. Se le acusaba de haber triunfado de Maximiliano con el auxilio de los norteamericanos; se indignaba Vigil de que los conservadores hiciesen tal suposición « con el fin de disminuir el incontestable mérito de la defensa nacional; » (p. 636) y hé aquí que el citado escritor apoya, á vuelta de hoja, lo dicho por los conservadores, afirmando que el presidente Johnson derogó la orden que prohibía la exportación de elementos de guerra para México, y autorizó tácitamente el reclutamiento de voluntarios que se proponían ir á ayudar á los mexicanos en su lucha con los franceses. (p. 713).

Lejos de oponerse á estos reclutamientos, por más que ellos disminuyesen el incontestable mérito de la defensa nacional, confiesa Cosmes que « el gobierno de Juárez comunicó al General Sánchez Ochoa instrucciones acerca de la aceptación de servicios de extranjeros..., y que autorizó, el 12 de noviembre de 1864, á José María Carvajal para admitir los servicios de 10,000 extranjeros. » (t. 23, p. 98, 103).

El General liberal José María Arteaga escribía desde Ciudad Guzman, el 22 de junio de 1864: « El contrato del señor Juárez con los Estados del Sur es cierto. He visto con Uraga las cartas en que se comunica; y aunque no se fijan los términos, por otros conductos se sabe que consisten en que

entregarán al señor Juárez tres millones de pesos por permisos para nacionalizar su algodón, y licencia para enganchar 30,000 americanos. » (El original de esta carta hállase en poder del señor Ingeniero D. Cirilo Gómez Mendivil. Lagos. Jalisco).

El mando de las tropas juaristas enganchadas en los Estados Unidos fué confiado á los Generales Reed y Crawford; (*Dom.*) y con los desertores de las tropas belgas y austriacas, formó el General republicano Régules una legión extranjera, (*Arr.*) además de que « bastantes austriacos militaron á las órdenes de Porfirio Díaz en Puebla, San Lorenzo y en el sitio de México. » (*Ag.*).

« Juárez ofreció recompensar con tierras á los extranjeros que se presentaran con armas para servir en el ejército » (*Riv.*) Atraídos por el cebo de ventajas tan halagüeñas, en los primeros días de agosto de 1866 llegó á Matamoros, en un excelente vapor procedente de Nueva York, el General norteamericano Wallace acompañado del mayor General Sturm. El expresado general llevaba 8,000 pistolas giratorias de seis tiros, 4,700 carabinas, dos baterías de 12 piezas cada una, cantidad considerable de pólvora y algunos centenares de voluntarios norteamericanos. (*Za.*) El General Sturm prestó auxilios á Juárez en calidad de general de brigada, (*La Iberia.* 17 junio 1868) como se los habían prestado en 1859 el general americano Wheat y el filibustero Cheesman á quien Juárez decoró con la banda de general de brigada (*Av.* 4 ag. 26 oct. 1859).

En un brindis pronunciado en Chicago, el 9 de octubre de 1899, el señor Ignacio Mariscal, Vice-presidente de la república, hizo la siguiente importante confesión en la cual, según dijo, « expresó los sentimientos del Presidente Díaz y del gobierno mexicano hacia los Estados Unidos: Hace menos de cuarenta años, tuvimos que combatir contra la Intervención napoleónica; y á pesar de una resistencia tenaz y heroica, que duró cinco años, pudimos haber sucumbido á fuerza mayor, ó más bien, pudimos haber tenido que prolongar una amarga lucha, á no ser por la poderosa influencia de los Estados Unidos que puso pronto término al negocio en favor nuestro. » Según Bulnes, « el señor Mariscal dijo una gran verdad en su brindis que fué rudamente censurado. Sin los Estados Unidos la resistencia de los republicanos habría terminado, si no ante 30,000 franceses, sí ante sesenta, cien ó trescientos mil. La vanidad de nuestros militares y la nacional no puede sostener con éxito que una nación de quinto orden como México en 1867, y sin orden respecto á recursos financieros, hubiese podido resistir á la primera potencia militar y financiera del mundo. La Historia tiene que aceptar el brindis del señor Mariscal... como una verdad de salud, de hombre honrado y sobre todo de ex-secretario de la legación de México en Washington, cuyo puesto se prestaba á la estimación correcta del problema mexicano durante la Intervención. » (*Ver.* p. 830).

Ante un cúmulo de pruebas tan evidentes del auxilio prestado por los Estados Unidos á los liberales en su lucha contra el gobierno de Maximiliano, da risa oír al señor Vigil diciendo con grande aplomo, como si hablara con niños de teta: « El partido nacional no necesitó de un solo soldado